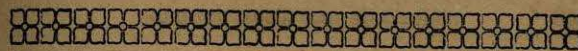


dos columnas, del *haber* y del *debe*, y me daréis noticias del resultado...

—Sin embargo, convenís en que Leona hacía feliz a Mainterne.

—Sí—dijo el barón—; pero sus relaciones con ésta no eran de amor, sino una costumbre.

Y se despidió de mí, recalcando demasiado esta palabra, para que me produjera todo su efecto.



MEDITACIÓN X

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

II

LOS DESASTRES

Desforges es Desforges, me decía yo al día siguiente de la conversación que tuvimos respecto a los *drawbacks* de la felicidad. Ese filósofo vestido de frac, ve muy claro en los hechos; pero después que se ha enumerado, clasificado, apuntado y cifrado todos los que constituyen la historia visible de una pasión, nada ha dicho de ella.

Y debe decirse y pensarse mucho.

La prueba de esto es que un hombre explotado por una mujer que le ha sido infiel, que se ha burlado de él y que le ha deshonrado, puede volver a su lado, sabiendo perfectamente que soportará, aunque le haga sufrir, todo eso, y tal vez otra cosa peor aún, y esto sucede porque el simple contacto de la piel de esa mujer, el cogerle la mano solamente, representa para aquel individuo una intensidad tal de sensación,

que nada en el mundo se la produce igual. El hombre moderno es un animal que se aburre y nunca se le figura pagar demasiado caro una sensación que conmueva su corazón. Sí; cuántos fastidios no sufriríamos con alegría para evitar el aburrirnos; pero acontece con frecuencia, que la emoción que buscamos se nos escapa y que el aburrimiento, ese compañero constante de la sensibilidad cansada, aparece de nuevo hasta en medio de una vida consagrada a perseguir la sensación más placentera.

Las incomodidades citadas por el barón, no son más que contrariedades; los verdaderos desastres de la felicidad empiezan con los desórdenes ocasionados por esta misma felicidad. Estos desastres son los celos, los desengaños del corazón que se ha imaginado que iba a rejuvenecerse y que se encuentra viejo; es la impotencia de sentir, enfermedad propia de todas las épocas de decadencia, que nada tiene que ver con la debilidad fisiológica, y no sé por qué acude a mi memoria en este momento un ejemplo de uno de esos desastres, que colocaremos como antítesis en frente del cuadro trazado por Desforges. Esta historia, que casi carece de incidentes, me fué contada por Berta Vigneau, actriz amiga de Coleta, la única amiga cuya influencia haya sido buena para esta mala mujer. Y Coleta dejó de verla cuando la aconsejé que conservase su amistad.

Sabido es que basta criticar a una persona que trata con frecuencia a una mujer, para que ésta desee más intimidad con ella, y que basta también alabarla, para que no la quiera ver más, volviéndose siempre al mismo camino en que los amantes han tropezado.

Pero no me he propuesto meditar hoy, respecto al arte de escoger los amigos o las amigas de una amante, sino sobre una confidencia de Berta, una pequeña novela, cuyo epígrafe bien pudiera ser:

XXXVIII

En amor, las grandes desgracias y las grandes felicidades reconocen como causa los matices del sentimiento.

* * *

Berta Vigneau era una de esas mujeres que no aparecen bonitas a primera vista, y sí, después que se las mira detenidamente. Cuando la conocí, hace nueve años, esta joven ofrecía desde luego un modo de ser modesto, dulce y *comme il faut* que me encantaba, porque formaba contraste con el poco escrúpulo con que mi amada pronunciaba algunas veces frases impropias de una mujer. Berta se hallaba entonces pensionada en el teatro Francés y se hablaba muy poco de ella, aun cuando ahora los periódicos de San Petersburgo, en donde está contratada con Coleta, la ensalcen mucho; pero dudo de que su juego escénico, correcto y casi frío en aquella época, haya adquirido ese no sé qué, que no se aprende en el Conservatorio y que poseía mi peligrosa amante. ¡Y qué triste es tener que decir, cuando se ama a una actriz de condiciones, que lo más original de su talento es debido con frecuencia a los vicios que la hacen tan despreciable como mujer! Sin su notorio y grande libertinaje, ¿hubiera poseído Coleta ese encanto mo-

derno que hacía se le considerase, en algunas obras de Dumas o de Musset, como la encarnación verdadera de la idea del autor? La pobre Berta no había nacido para cómica, lo mismo que no he nacido yo para músico.

Su cuerpo endeble, lo pálido de su tez, la gracia de sus menores movimientos y la melancolía de su mirada, dejaban adivinar que en su pasado había habido miseria física y moral, prostitución precoz, infamia materna y mucho trabajo. Solamente que la Naturaleza es en algunas ocasiones más fuerte que las circunstancias, y por más que Berta hubo de tener una triste y desastrosa juventud, habíase conservado romántica y, ¿cómo diré? no pura; pero honrada de corazón, incapaz de cometer una perfidia y capaz de una abnegación verdadera, absoluta y reservada. Era una de esas mujeres tímidas, tristes y algo esquivas, que ocultan en sí abismos de exquisita sensibilidad y que, como todas las personas de su índole, había amado.

Después de haber sido vendida, o poco menos, por su madre, se enamoró frenéticamente de un *clubman*, cuyo único talento consistía en vestirse como en Londres y con tanta perfección, que los camareros de las fondas titubeaban para hablarle en francés. Coleta y yo llamábamos a aquel maniquí ambulante el *Macaco*, porque sus cabellos apenas le dejaban un dedo de frente, y a causa de su estupidez; además se emborrachaba con whisky y vino de Oporto para imitar a mi noble amigo lord Herbert Bohun; y entonces pegaba con su bastón a la pobre Berta, hasta el punto de que ella enfermaba por algunos días. La

obligaba a seguirle a los más depravados sitios y a frecuentar mujeres de la peor especie, con las que le era infiel casi en su presencia. En fin, aquella fué una de esas relaciones que dejan a uno estupefacto cuando se ve a una pobre criatura fina y delicada, hipnotizada por un bribón, a quien nadie querría ni aun para ayuda de cámara. El *Macaco* le hizo tantas y tantas, que Berta al fin rompió sus relaciones con él. La única ventaja que sacó de aquella horrible aventura, fué una renta de diez mil francos, porque, habiendo tenido una hija de aquel indigno amante, éste en un momento de aberración y habiendo ganado mucho en la Bolsa, aseguró el porvenir de la niña y de su madre. Aquel dinero, unido al que Berta ganaba con su trabajo, la permitía vivir completamente independiente.

Berta, por efecto quizás de lo cruel de sus amores, había adquirido un sentimiento, doloroso tal vez, pero profundamente compasivo por los ajenos pesares de amor, y esta fue la causa de tomarla yo como confidente de mis sinsabores... ¡Dios mío! cuántas horas he pasado a su lado, en la salita de su casa situada en un piso segundo de la calle de l'Echelle; una salita decentemente amueblada; pero sin lujo y apenas adornada con algunas acuarelas y figuritas de porcelana de Sajonia, que revelaban el gusto artístico de aquella desdichada. A la luz de una lámpara velada con encaje, y en las primeras horas de las noches tan largas del invierno, la contaba mis penas y me escuchaba con una delicadeza sin igual.

El quejarse a una mujer del mal que os ha hecho

otra, es la prueba más fuerte a que pueda someterse su bondad, porque le es muy fácil entonces dirigiros algunas palabras que producen en vuestro corazón el efecto del pinchazo de una aguja envenenada. Pero hay algunas cuyo sentimiento es tan exquisito, y Berta es una de ellas, que saben demostraros con tierna compasión su simpatía y consolar vuestras penas.

Es preciso, en estos casos, comprender que, cuando un amante se queja de su amada, a quien quiere como yo quería a Coleta, con el delirio de la pasión y las amarguras del desprecio, lo que necesita es que una voz amiga abogue por la infame, haciéndole a uno dudar de la evidencia o infundiéndole fe en ella, o por lo menos esperanza. ¡Ah! nunca he salido del saloncito azul de la calle de l'Echelle sin sentirme aliviado de mis penas y sin que las palabras de Berta me dieran bastante fuerza para sufrir mis crueles angustias. Aquella buena joven poseía esa clase de delicadeza, que me hacía el efecto de un bálsamo aplicado sobre el corazón, y tenía también el arte de escuchar sin cansarse nunca. En fin, hablar con ella en aquel tiempo, era para mí, como en mis noches de insomnio, lo mismo que verter en un vaso, preparado al efecto, algunas gotas de láudano, para mitigar por algunas horas mi dolor.

* * *

Un día dejé de ir a casa de Berta. ¿Por qué? Los enamorados son a veces ingratos. Coleta se marchó y yo emprendí un viaje. Me entregué al torbellino de

esas sensaciones incoherentes, con que se procura adormecer el sufrimiento, cuando se sabe que es producido por un mal incurable, un cáncer. Pero una noche, había transcurrido mucho tiempo, hallándome en un teatrillo de segundo orden, divisé en un palco el rostro de una mujer conocida, era Berta, y fui a saludarla. Me echó en cara el abandono en que la había dejado, y al día siguiente me presenté en su casa. Me tocó a mí entonces escuchar sus quejas en aquel mismo saloncito azul, testigo de mis antiguas confianzas; solamente que ella había encontrado para mí palabras de consuelo y yo no hallaba en mi mente para ella otra cosa que compasión y lástima ante el drama moral que me estuvo contando, y que me pareció muy *contemporáneo*, atendido el estado de alma que revelaba el individuo que representaba en él su parte principal.

Aquel día no supe más, sino que el aludido hombre se llamaba Armando, que pertenecía a la alta sociedad y que Berta le amaba con toda su alma, a pesar de sus juramentos de no entregar ya su corazón a la locura del amor; y he aquí la conversación que con ella tuve, transcrita en mi diario con la fecha del día 6 de Febrero de 1884:

.....
—¿De suerte que amáis otra vez?—la dije enternecido por la expresión de su pobre rostro, que encontraba como lo había visto antes, consumido por la pasión.

—Sí—me contestó—, y soy muy desgraciada.

—¿Es este también malo para vos?—la pregunté con tristeza.

—No, en nada se parece al otro... ¡Es tan bueno!...

—¿Entonces será que os es infiel?

—No—respondió—, no puede ser más leal.

—Será porque no le veis con frecuencia.

—Le veo siempre que quiero.

—¿Está enfermo? ¿Teméis por su salud o es que sus negocios andan mal? ¿Tiene alguna pena?

—No—replicó ella, moviendo la cabeza.

—Entonces—repuse riendo—, no adivino... ¿Qué más felicidad podéis apetecer que la que os proporciona el hecho de querer a un hombre libre, joven, rico, leal y cariñoso, a quien veis siempre que lo deseáis?

—¡Ah!—exclamó—, ¡si no me ama!...

Y pensativa, con esa voz que parece salir del fondo de nuestro corazón, prosiguió:

—Os figuraríais que me he vuelto loca, mi buen Claudio, si no os lo contara todo, y nadie mejor que vos podéis comprender lo que siento. Acordaos de la disposición en que me hallaba yo cuando veníais con frecuencia aquí, y el miedo que me inspiraba un nuevo amor.

Mi destino quiso que antes de encontrar a Armando supiera yo, por boca de un amigo, la historia de su vida, que os contaré en detalle algún día, porque se puede escribir un libro con esa novela.

Imaginaos que, engañado por las calumnias del mundo, se creyó el juguete de una mujer, que era la verdad personificada y la echó de su casa, insultándola. Ésta, medio loca, se entregó a un hombre indigno, para poder decir a Armando que era la causa de su perdición. Y, en efecto, tuvo él más tarde la

prueba de que había precipitado en el vicio a un corazón nobilísimo, sin que pudiera después verla, ni consolarla de lo que él llamaba, hablando de esto con un amigo, un crimen de amor, y desde entonces vivía siempre dominado por una gran melancolía. Son tan raros los hombres capaces de sentir tales remordimientos, que le tenía lástima sin conocerle y cuando le vi, le amé...

Nos encontramos por primera vez comiendo en casa del amigo que me contó su historia, y observé que era tal como yo me lo había figurado. Su voz dulce, sus modales finísimos y la expresión de su rostro era tan melancólica, que me sentí atraída hacia él; os lo repito, mi destino quiso que así sucediera. Pasé las horas que siguieron a aquella comida en una ansiedad que no puedo expresar; no me había pedido permiso para presentarse en mi casa; pero le era muy fácil verme, si tal deseaba, porque sabía que todas las noches de aquella semana tenía yo que trabajar en el teatro. ¿Querría? Ya sabéis que nosotras abarcamos toda la sala de una ojeada, tan pronto salimos a la escena, y comprenderéis cuál fué mi emoción cuando a la siguiente noche apercibí a Armando sentado en una butaca de orquesta. Poco faltó para que me olvidase de mi papel y pensé que tal vez vendría a saludarme a mi cuarto durante el entreacto. ¡Ah!, cuánto os hubierais reído si me hubierais visto subir corriendo la escalera para vestirme pronto. Pero él no subió, y cuando bajé y le vi hablando entre bastidores con un abonado, creí que me iba a caer, porque mis piernas temblaban hasta el punto de no poder permanecer en pie... ¡Qué cosa

tan extraña es el presentimiento! No me hacía ilusiones, sabía yo que ese hombre me haría sufrir mucho, y, sin embargo, un mes más tarde me entregaba a él.

Y permaneció silenciosa un momento, apoyando su cabeza sobre sus manos cruzadas, aquellas manitas nerviosas que se estrechaban febrilmente la una contra la otra y fijos en la lumbre sus ojos muy abiertos, como si evocase visiones del pasado, repuso después de una breve pausa, que yo me creí en el deber de respetar.

—No puedo expresaros el encanto de los primeros tiempos de nuestras relaciones; no éramos ya muy jóvenes ni el uno ni el otro, puesto que yo me aproximaba a los treinta años y él tenía treinta y cinco. Ambos habíamos amado, y estábamos enterados de nuestros mutuos sufrimientos, de modo que esto nos producía un sentimiento tierno, triste y algo temeroso... Parecía así como si no nos atreviésemos a esperar... la estación favorecía aquella especie de gravitación que pesaba sobre nuestro amor naciente... Estábamos en Noviembre, el tiempo era templado y hermoso; nos complacíamos en pasearnos por los bosques, en los que ya no cantaban las aves ni se abría una sola corola entre la hierba marchita... Esos bosques, sin pájaros ni flores, influían en gran manera sobre la melancolía de nuestro cariño.

¡Y qué agradables eran para mí aquellos paseos!...

Me entregaba yo por completo a la sensación, nueva en mi alma, de haber encontrado un hombre ante quien no tenía que fingir, que no se burlaba de mis ideas, que comprendía con medias palabras todo cuanto le decía, y que, en fin, parecía sentir lo que

yo sentía... Fijaos bien, amigo Larcher, que digo: «parecía...» Y con razón, porque en cuanto a mí, aquella languidez y aquella tristeza, era el amor lo que me las producía, y dichas sensaciones me embriagaban durante aquellos paseos; pero con una embriaguez tan profunda, que el corazón no me cabía en el pecho y hacía asomar las lágrimas a mis ojos.

Cuando volvíamos a París, y solos en el vagón apoyaba yo la cabeza en su hombro, me parecía que estaba soñando, que semejante felicidad después de tantos años de sufrimiento, no tenía nada de humana... Algunas veces me apoderaba de sus manos y las besaba como una esclava; pero sin poderle expresar el infinito agradecimiento que desbordaba mi alma por la dicha que me proporcionaba, y entonces le sucedía a él también que sus ojos se arrasaban de lágrimas, que yo ansiosa quería beber una a una, recogiendo en mis labios... ¡Oh!, a pesar de todo, nunca pagaré bastante las sensaciones que me proporcionó Armando durante los primeros meses de nuestros amores. ¡En verdad que debiera una morir cuando se ha disfrutado de ese encanto, porque parece ya agotada y satisfecha la vida.

—Adivino perfectamente — la dije yo —; habéis sentido celos por lo pasado, celos de aquella mujer cuya sombra no podía él apartar de su corazón...

—Es cierto—contestó—; mas eso no duró mucho tiempo... ¡Ojalá que no tuviera más desgracia que esta de que lamentarme! A lo menos podría luchar, tendría algo positivo que combatir, y no me agitaría en el vacío...

Pasadas que fueron algunas semanas en la embriaguez que he procurado describiros, y cuando empezaba a acostumbrarme a mi felicidad, empecé involuntariamente a observar a Armando.

Desde luego llamó poderosamente mi atención el ver que cuanto más crecía nuestra intimidad, más triste, más ensimismado y más sombrío se presentaba él, al paso que yo vivía en un éxtasis cada vez más profundo y más absorbente, que no me permitía darme cuenta de las pequeñas contrariedades, ni de los chismes del teatro, ni de nada, en fin, que no se relacionase con mi amor... Y precisamente en los momentos en que le manifestaba la pasión que me inspiraba y lo feliz que era hallándome a su lado, era cuando le acometía esa tristeza, que no me podía explicar. Me escuchaba sin contestarme, su mirada expresaba, no la emoción del amante a quien su amada demuestra cariño, sino una compasión que en vez de consolarme, me hacía mucho daño y me preguntaba yo a mí misma. ¿Por qué le inspiro compasión, puesto que le tengo a mi lado?...

Otras veces, aquel hombre tan bueno y que tan complaciente y benévolo se mostraba con todo el mundo, se transformaba de repente en mi presencia de tal modo, que sólo puede explicarse diciendo que un demonio se había apoderado de su espíritu... A su conversación indulgente y cariñosa, sucedía un hablar irónico, punzante y cruel para mí, aun cuando el asunto no tuviese relación alguna conmigo... y, sin embargo, no puedo decir si yo prefería aquellas sangrientas burlas, a las horas que pasaba otras veces, silencioso y pensativo. Le hablaba, y no me respon-

día; se sentaba ahí donde estáis, y unas veces parecía olvidarse de mí y otras tomaba su sombrero y se iba diciéndome: «—Necesito andar—.» Por la noche me mandaba una esquelita, en la que me decía que habiéndose encontrado a un amigo, no vendría a verme hasta el día siguiente, y en ocasiones se ausentaba por dos o tres días...

¡Ah!, demasiado viva me asaltaba la idea de que existía en él un pesar que no me confesaba, una pena que le consumía sin cesar... En mi sencillez creí, como lo habréis supuesto y como era natural, que se acordaba todavía de aquella mujer que tanto había sufrido por su causa, y ¿quién sabe, me decía yo, si la ama todavía? Y así se lo dije un día, conforme lo creía. Si me hubiese contestado que, en efecto, no podía curarse de aquel amor, hubiera yo sufrido menos que de esa triste y extraña enfermedad de su alma que comprobé entonces sin comprenderla, lo mismo que me sucede hoy y contra la que me encuentro tan impotente como lo estaría ante una afección mortal que le postrase en la cama. Viéndole, pues, al principio de una de estas crisis me atreví a decirle:

—¡Nunca podrás olvidar a esa mujer!

—¿A qué mujer?—me preguntó.

—A la primera que has amado—repuse, y se la nombré.

—¿Te han contado esa historia?—dijo moviendo la cabeza—. ¡Ah!, no, no me acuerdo de ella. Es ya una mujer honrada, enteramente consagrada a su hijo. La maternidad la ha salvado, me ha perdonado

y yo me he perdonado también. Todo se gasta, hasta el remordimiento...

—¡Oh! Pero entonces, Armando mío, ¿qué es lo que tienes? Explicame por qué sufres estando a mi lado.

No me contestó. Insistí, y como me valí, sin duda, de algunas expresiones que le enternecieron, esto nada tiene de extraño puesto que abogaba yo en pro de mi felicidad, me dijo, respecto a sí mismo, frases que me parecieron insensatas en aquel momento, y que comprendo hoy no eran más que la simple expresión de la verdad. Me confesó que, desde su juventud, había sentido siempre una impresión de laxitud y de disgusto, aun antes de haber empezado la vida de sociedad, que le hacía encontrar el aburrimiento aun en medio de los placeres deseados con más afán; que se había creído incapaz de amar y que se había entregado, para llenar el vacío que sentía en su alma, a los peores excesos de libertinaje, que los había abandonado viendo el daño tan grande que un calavera puede ocasionar a las mujeres, como lo hizo él a aquella de quien acababa yo de hablarle. Añadió que desde su ruptura con ella, había sido él víctima de dos temores constantes e iguales: el de hacer otra vez daño a un corazón sincero y el de recaer en esa especie de atonía íntima y de insensibilidad invencible... Me confesó que se comprometió conmigo con esta doble desconfianza, que estaba cierto ahora de que nunca sería cruel conmigo; pero que en ciertos momentos, aun a mi lado, esa impresión incomprensible de la muerte interior, digámoslo así, se apoderaba de él. «—Me parece enton-

ces—me decía—, que mi alma está gastada, que no puedo ni podré nunca sentir.»

Sus palabras me producían una sensación que no puedo describiros... porque lo que me manifestaba, me parecía a la vez tan raro y tan lleno de amargura, que apenas lo comprendía. Demasiado conocía yo la vida ya, para no saber que existen hombres y mujeres de una dureza tal, que nada los enternece y que, en efecto, parecen no sentir; pero esa insensibilidad la consideraba yo como egoísmo, y no pudiendo admitir que estuviese unida a la delicadeza de alma de un sér como Armando, que a cada minuto me demostraba su bondad, recuerdo que me eché en sus brazos diciéndole con frenesí: «¡Cállate, cállate, estás loco... ámame sencillamente...!» y en seguida, por la expresión de su mirada y por la especie de imperceptible esfuerzo que hizo para devolverme la caricia que le hice, comprendí, por desdicha, que no me amaba. Mi buen amigo Claudio: vos que tanto habéis estudiado la vida del corazón, explicadme lo que yo siento desde aquel día fatal; explicadme este suplicio que no existe más que en mi pensamiento, y que, sin embargo, me martiriza. Todo cuanto Armando hace por mí, lo hace con finura, con dulzura y hasta con cariño; pero todas las atenciones de que me rodea, sus sonrisas, sus palabras, sus caricias, su amor, en fin, me hacen sufrir, porque pienso que hace todo esto por respeto al sentimiento que me inspira, que me ama por mí y no por él; es decir, que no me ama. Si yo le dejase, comprendedme bien, si adquiriese él la certidumbre de que no había de sufrir yo por su abandono, es posible que echase de

menos el dulce calor de mi cariño; pero nada faltaría a su felicidad.

Tengo la horrible creencia de que se ha equivocado al entablar relaciones conmigo, que ha tenido la esperanza de amarme, que sabe hoy que nunca me amará y que si no se separa de mí, es porque teme una segunda edición de su ruptura con la otra y huye de los remordimientos. Desde aquella fatal confidencia, le estoy viendo luchar contra la melancolía que se apodera de él cuando está a mi lado, haciendo cuanto puede para ocultármelo; pero ha dicho la verdad, nunca, nunca llego a producirle sensación verdadera y jamás llegaré a hacerle feliz... Esta es una angustia que no se puede comprender cuando no se siente y en que no hubiera yo creído antes si me la hubieran contado. Es bueno, es indulgente, amable y perfecto para mí; pero esa bondad, esa indulgencia y esa amabilidad no sirven para otra cosa, que para probarme seguramente la más triste de las verdades: no me ama. Esta idea tenaz que no me abandona un solo instante, me hace injusta con él, pues le martirizo para echarme luego en sus brazos, como una loca... Hay momentos en que quisiera dejarle, renunciar a unas relaciones que considero como un egoísmo por mi parte, puesto que estoy explotando la simpatía de ese hombre en provecho de mi pasión... y me hallo incapaz de vivir sin lo que conozco no ser más que una comedia del amor. En otros, me digo que soy una loca y él otro loco, que cree no amarme y que me ama, que se le figura que no tiene sensaciones y que esto es una quimera de un cerebro enfermo, ocasionada por una juventud borrascosa y por

grandes y prolongados dolores... Decidme vos, mi inteligente amigo, ¿concluirá esto algún día?

* * *

.....
 Todo acaba, hasta el remordimiento, como dijo Armando, y acaban también las pasiones como la de Berta, puesto que ésta se halla en Rusia y ese Armando, a quien me he empeñado en conocer, vive en París. Es un hombre mucho más sencillo de lo que se figuraba su amante, ha sido en su juventud un consumado libertino y luego muy culpable; ahora está casi extenuado y cansado de los placeres, solamente que, desde que martirizó a su infeliz amada, el remordimiento le ha hecho cariñoso y esta especie de amantes son los peores que existen. Berta Vigneau poseía, a pesar de su vida de bohemia y del teatro, un espíritu, con lozanía tal, que los azares de la vida habían respetado. Muchas veces he observado el fenómeno inverso, es decir, hombres cuyo corazón había permanecido joven, amar a mujeres cuya alma estaba tan gastada como fresco y encantador era su rostro. ¡Ah! ¿No es este el caso que me concierne? ¿Y qué conclusiones puede sacarse de esto, sino estas?:

XXXVIII

Nunca amamos como nos aman, así es que el arte de ser feliz en amor consiste en darlo todo sin pedir nada. ¡Qué te importa que te ame! es la frase admirable que Philine dice a Wilhelm, en Gœthe.

XXXIX

Los verdaderos dramas del corazón carecen de acontecimientos.

XL

El peor de los dolores que puede sufrir un corazón apasionado es el de no bastar para hacer feliz al que ama.

XLI

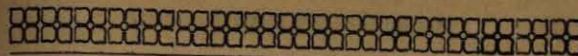
Se hace traición a un corazón que ama verdaderamente, pero no se le engaña nunca.

XLII

Es probable que no haya nada más viejo que el alma gastada de un joven o de una joven moderna.

XLIII

En París, he aquí las probabilidades que una mujer de corazón tiene para ser feliz si ama a alguno: de cien hombres enamorados y tomados a la casualidad, veinte la explotarán, veinte la comprometerán, veinte la corromperán, treinta no la conocerán. Quedan, pues, diez amantes dignos de tal nombre; pero de estos diez, nueve han vivido mucho ya, están gastados y el restante ama casi siempre en otra parte.



MEDITACIÓN XI

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

III

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

Desastres del corazón como el que hacía sufrir a Berta Vigneau, como los que todo amante puede conocer y que son el resultado de un error, es triste, es amargo decirlo; pero tenemos que dar la razón al burgués de quien hemos hablado en una de las anteriores meditaciones: son recuerdos, buenos recuerdos. Ciertas frutas cuando frescas son tan ásperas y ácidas, como dulces, muy dulces confitadas.

Llegamos ahora al más cruel de todos los desastres, al que envenena hasta los recuerdos de lo pasado, porque hace dudar de ellos y hasta de la esperanza en lo porvenir: este es los celos.

Ciertamente que no tengo la presunción de creer que esta horrible enfermedad es moderna y que la hayamos inventado como el simbolismo, el brutalismo el decadismo, el fumismo, el nervosismo, el zu-